

los efectos de la mision del abominable Carrier. Cincuenta y ocho sacerdotes enviados desde Nevers á Angers y de aquí á Nantes, perecieron todos ahogados á la vez; nuevo suplicio, inventado por este representante, el cual tenia la impudencia de chancearse de estas atrocidades en sus partes. Cuatro de estas horribles ejecuciones constan en la causa que se le formó. En una de ellas fueron pasados por las armas ochocientos individuos de toda edad y sexo, por cuanto la barca no se iba á pique con bastante rapidez. Juzgaba una comision militar diariamente de unos ciento cincuenta á trescientos vendedanos; así es que en un mes pudieron perecer cerca de tres mil. En una pradera no lejos de Angers pasaron por las armas á mil doscientos. Igual tratamiento se dió en Noirmoutier á dos mil realistas que se habian rendido á discrecion. Con ellos estaba d'Elbec, uno de sus gefes. Clérigos, niños, mugeres fueron muertos á metralla y fusilados. En este pais desgraciado corria la sangre por todas partes. Unos que otros gefes quisieron en vano luchar todavía contra el ascendiente republicano. Se conoce los nombres de Charrette, de Stofflet y algunos otros generales realistas. El abate Bernier era el consejero de este último. Pasó el año 1794 sin que se pudiese alcanzarlos. Vencidos en una provincia se retiraban en otra, y muy luego volvian á parecer con nuevas fuerzas, hasta que al principio de 1795 concluyeron una paz que bien pronto se cambió en hostilidades, precediendo de muy poco su fin trágico.

— El 8 de marzo, muerte de Condorcet. Se sabe cual fué el triste fin de este corifeo de la filosofía. Forzado á ocultarse durante el terror, salió de París y andaba errante de una á otra parte sin poder hallar un asilo. La hambre le precisó á entrar en una posada, en donde fué arrestado. Su aire azorado, su figura macilenta y pálida le hicieron traicion: fué puesto en las cárceles del Burgo-la-Reina, en donde pereció de hambre y de desesperacion. Tal fué la deplorable suerte que la revolucion vino á procurar á este acalorado partidario de ella. Este era uno de los mas famosos adeptos de la filosofía, y Voltaire parecia haberle legado al morir todo su odio contra el cristianismo. Este odio formó el caracter distintivo de Condorcet. La palabra de religion escitaba en él los trasportes que se hallan pintados en sus escritos. Allí se ve en toda ocasion, á cada momento, entremezclarse contra ella las burlas, las declamaciones, las injurias, las blasfemias. Hasta en sus mismas chanzas se distingue el apasionado acento de la cólera. Sus escritos irreligiosos son principalmente las *Cartas de un teólogo al autor de los tres siglos literarios*, la *Vida de Turgot*, la *de Voltaire*, y el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. La pri-

mera de estas obras *fastidiaba* á Voltaire, el que la hallaba demasiado atrevida : la segunda representaba á M. Turgot como *exento de todas las preocupaciones*, y aborreciendo en ellas á los enemigos mas peligrosos del género humano ; lo que, en lenguaje de Condorcet, queria decir que este ministro era igualmente enemigo de la religion y del gobierno. En cuanto á la Vida de Voltaire¹, sobre la cual pediremos el permiso de detenernos un instante,

¹ Existe aun otra vida de Voltaire publicada sin nombre de autor, pero que se sabe ser del marqués de Villette, sobrino del mismo. Ella es como la de Condorcet un modelo de fanatismo : sin cesar se insulta en ella á todo lo que no es filósofo. ¿Háblase allí de la *Henriada*? Aseguráenos que hasta su publicacion la Francia era *imbécil y bestialmente fanática*. M. Boyer, ministro de la *feuille* y antiguo obispo de Mirepoix, que no habia tenido la dicha de agrandar al partido filosófico, es allí llamado *un fraile viejo, imbecil y fanático, el asno de Mirepoix*, lo que es tan ingenioso como decente. Se pretende que estos jóvenes de Abbeville, que escitados por libros impíos mezclaron la irreligion con la disolucion, insultaron á nuestras ceremonias, y mutilaron un crucifijo, se pretende (digo) que *es cierto que ellos no causaron escándalo alguno*. Recordando el diluvio de escritos que Voltaire producía contra el cristianismo, se observa que era un *combate de muerte entre la filosofia y el clero*. ¡Combate de muerte! Si, sin duda, y la seguida nos ha suministrado demasiado sus pruebas sangrientas. El autor refiere muy largamente los triunfos de Voltaire en 1778, y disimula los tormentos que los siguieron ; nos enseña que despues de haber coronado en su héroe al autor de tantas obras célebres, unos admiradores escogidos quisieron tambien rendirle homenajes públicos como autor de un poema famoso, homenajes que pueden servir para apreciar el elogio que Villette hace del filósofo un instante despues, cuando dice que Voltaire *ha empleado su vida en destruir grandes errores que corrompian la moral*. El historiador hace por otra parte como Condorcet la apología de este mismo poema, y todo este trozo es de la mas grosera impiedad. En general esta *Vida* está escrita con un estilo bajo y tan contrario á la honestidad como al gusto, y á la sana razon como á la religion.

porque ella es propia para dar á conocer á un mismo tiempo al panegirista y al héroe, es menos aun un elogio continuado del patriarca de Ferney que una declamacion no interrumpida contra la religion y contra los sacerdotes. De todo se aprovechaba para manifestar al mismo tiempo su admiracion hácia su maestro y su odio hácia el cristianismo. ¿Tiene que hablar por ejemplo de esta produccion culpable, de este poema licencioso que la honestidad sola rechaza y hace avergonzar la virtud? se eleva con una indignacion violenta contra un ministro que habia amenazado á Voltaire de un tratamiento riguroso si publicaba en algun tiempo este poema ; y consagra al oprobio un magistrado amigo de las costumbres, que ha querido ahorrarse á su siglo este indigno escrito. *Los enemigos de Voltaire*, dice pág. 85 (porque este pasage nos ha parecido digno de atencion) *afectaron desacreditar esta obra como indigna de un filósofo, y casi como una mancha para las obras y aun para la vida del poeta ; pero si puede mirarse como util el proyecto de hacer ridicula la supersticion á los ojos de los hombres entregados al deleite.... si la afectacion de la austeridad en las costumbres, si el precio escesivo afecto á su pureza no hace mas que servir á los hipócritas cubiertos con la facil máscara de la castidad,..... si acostumbrando á los hombres á mirar como otros tantos crímenes las faltas de que los que tienen honor y conciencia no están exentos, se estiende sobre las almas, aun las mas puras, el poder*

de esta peligrosa casta que por gobernar y turbar la tierra se ha hecho exclusivamente intérprete de la justicia celestial; entonces no se verá en el autor sino el enemigo de la hipocresía y de la superstición. ¡Qué multitud de reflexiones profundas no hace nacer este trozo! ¡Un filósofo, un enemigo de preocupaciones, un reformador de la moral (porque ellos afectan algunas veces este nombre) quejarse del precio excesivo afecto á la pureza de las costumbres! No querer que se acostumbre á los hombres á mirar como otros tantos crímenes las faltas contra las costumbres! ¿Y por qué? Por el temor de estender (dice) el poder de los sacerdotes. ¡Ah! recojamos esta confesion; ella es preciosa en la boca de un enemigo: la religion y la moral están pues ligadas entre sí con nudos bien estrechos, pues que los que quieren destruir aquella no quieren se recomiende demasiado esta. Ellos temen (porque no podemos menos de repetir aquí esta frase admirable), ellos temen que acostumbrando á los hombres á mirar como otros tantos crímenes las faltas contra las costumbres, no se estienda el poder de los ministros de la religion. Amigos de las costumbres, vosotros lo oís, y vosotros apreciareis la moralidad de estos regeneradores del mundo. Amigos de la religion, vosotros sacareis de esta confesion la mas dulce de las consolaciones, viendo que los que se esfuerzan á derribar vuestra fe, se esfuerzan tambien á derribar la moral, y que ellos conocen que tienen necesidad de corromper

á los hombres para hacerlos impíos. ¿Qué efecto, añade Condorcet, pág. 86, resultará de estas leyendas? Ninguno sino el de disponer á los hombres á mas dulzura é indulgencia. No eran así los libros que leian Gerard ó Clement, y los que los satélites de Cromwell llevaban en el arzon de la silla. Puede ser, sofista. Pero semejantes libros eran los que leian estos canibales que el 2 de setiembre de 1792 asesinaron á tantos infelices, inventaron contra ellos suplicios inauditos, juzgaron con sus sangrientos miembros, hartaron su barbarie sobre los cadáveres, y se disputaron entre sí quien haria mas víctimas, quien seria mas ingenioso y refinado en las atrocidades. Tales eran los libros que leian los Marat, los Robespierre, los Carrier y sus satélites, estos entes tan corrompidos como malvados, tan enemigos de Dios como de los hombres; y verisimilmente eran las lecciones de dulzura y de indulgencia que habian recibido en tales libros las que los prepararon á estos espantosos excesos de inhumanidad de que se estremecerá nuestra posteridad. Tales eran los libros que leian los que declararon al cristianismo una guerra de esterminio, los que vomitaron tantas blasfemias indignantes, los que profanaron nuestros templos, hicieron perecer tantos sacerdotes, y dieron la orden espresa de desolar la paciencia de los demas: tales son los libros que han corrompido la moral por temor de estender el poder de la religion, y tales son las consecuencias espantosas que han tenido estas detes-

tables producciones, que acaban de sublevar contra ellas á toda alma honrada, y que provocan contra sus autores y panegiristas la indignacion profunda de los que han visto á las máximas y los consejos, sembrados en estos libros, pervertir los corazones, exaltar los ánimos, y contribuir á la desdicha de los particulares y á los desórdenes del imperio...¹. El *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del entendimiento humano* no es menos digno de observarse. Cuando Condorcet compuso esta obra, la revolucion habia ya empezado y marchaba á grandes pasos hácia los crímenes con que la hemos visto mancharse. Así es que el autor no disimula ya nada sus sentimientos, y combate á un mismo tiempo la autoridad soberana y la re-

¹ Lo restante de esta *Vida* de Voltaire es digno de lo que acabamos de citar; en ella se dice, p. 87, que *no puede existir religion natural*, lo que muestra que se nos engañaba cuando se afectaba ensalzarla con grandes elogios, y cuando para oponerla al cristianismo, se representaba como la religion mas pura, la mas simple y la mas digna de Dios. Mas abajo Condorcet pretende que *se hizo entrever á Voltaire la esperanza de ser cardenal*, asercion que él creyó picante, y que no es mas que un embuste ridiculo con que sus mismos amigos le han zaherido. (*Mercurio de Francia* del 7 de agosto de 1790, núm. xxxii, p. 36.) Página 99, el mismo Condorcet confiesa que la *Enciclopedia* era un depósito en que los errores respetados debian ser ó traidoramente descubiertos por la debilidad de sus palabras, ó trastornados por la sola vecindad de las verdades que minan sus fundamentos, lo que deberá juntarse á las numerosas pruebas que tenemos de los perniciosos designios de los enciclopedistas, si estos designios pudiesen formar aun la materia de una duda. Poco despues conviene en que Voltaire tuvo un partido, y que en la Europa entera habia formado una liga, de la que él era el alma, y cuyo grito de reunion era *razon y tolerancia*. No puede pues desaprobarse que nosotros llamemos al filósofo de Ferney un gefe de partido.

ligion. En la vida de Voltaire decia tambien: *No advirtamos á los opresores que formen una liga contra la razon: ocultémosles la estrecha y necesaria union de las luces y de la libertad: no les enseñemos anticipadamente que un pueblo sin preocupaciones es bien pronto un pueblo libre*. Es preciso esperar, para declarar la guerra al despotismo, que la razon haya juntado bastantes fuerzas. En el *Bosquejo* el filósofo renuncia á esta tímida política. La razon le parece bastante fuerte para publicar todo lo que él entiende por este nombre. Él recuerda con complacencia las obligaciones que nosotros tenemos, segun él, á sus antepesados, y les asigna una parte poderosa en la revolucion francesa. Hace subir sus esfuerzos hasta la mitad del siglo XVIII, es decir á la misma época en que hemos visto formarse en efecto una liga contra la religion: esta liga es la que pinta Condorcet. Escuchémosle. « Formóse
« luego en Europa una clase de hombres menos
« ocupados aun en descubrir ó profundizar la
« verdad que en esparcirla, los cuales consagrán-
« dose á perseguir las preocupaciones en los asilos
« en que el clero, las escuelas, los gobiernos, las
« corporaciones antiguas las habian recogido y
« protegido, pusieron su gloria en destruir los er-
« rores populares mas bien que en retardar los lími-
« tes de los conocimientos: modo indirecto de
« servir á sus progresos que no era ni el menos pe-
« ligroso ni el menos util. En Inglaterra, Collins
« y Bolingbroke; en Francia, Bayle, Fontenelle,

« Voltaire, Montesquieu y las escuelas formadas
 « por estos hombres combatieron en favor de la
 « verdad, empleando alternativamente las armas
 « que la erudicion, la filosofía, el espíritu y el ta-
 « lento de escribir pueden suministrar á la razon;
 « tomando todos los tonos, empleando todas las
 « formas desde la burla hasta lo patético, desde la
 « compilacion mas sabia y mas vasta hasta el ro-
 « mance y el papel satírico del dia; cubriendo la
 « verdad con un velo que sin herir los ojos dema-
 « siado débiles dejaba el gusto de adivinarla; aca-
 « riciando las preocupaciones con destreza para
 « descargarles golpes mas ciertos; casi nunca ame-
 « nazando á muchas á un tiempo, ni aun una sola
 « toda entera; consolando algunas veces á los ene-
 « migos de la razon, pareciendo no querer en la re-
 « ligion sino una semi-tolerancia, en la política una
 « semi-libertad; contemporizando con el despotis-
 « mo cuando impugnaban los absurdos religiosos,
 « y con el culto cuando se elevaban contra el ti-
 « rano; atacando estos dos azotes en su principio,
 « al mismo tiempo que manifestaban no querer
 « combatir sino abusos insufribles ó ridículos; y
 « golpeando estos árboles funestos en sus raices
 « cuando parecian limitarse á entresacar algunas
 « de sus ramas viciosas; unas veces enseñando á
 « los amigos de la libertad que la supersticion que
 « cubre al despotismo con un broquel impenetra-
 « ble es la primera víctima que deben inmolar, la
 « primera cadena que deben romper; otras veces

« por el contrario denunciándola á los déspotas
 « como la verdadera enemiga de su poder, y ame-
 « drentándoles con el cuadro de sus hipócritas ma-
 « quinaciones y de sus furores sanguinarios; pero
 « jamas cansándose de reclamar la independenciam
 « de la razon, la libertad de escribir como el dere-
 « cho y la salud del género humano; elevándose
 « con una infatigable energía contra todos los crí-
 « menes del fanatismo y la tiranía; persiguiendo
 « en la religion, en la administracion, en las cos-
 « tumbres, en las leyes todo lo que llevaba el ca-
 « racter de la opresion, de la dureza, de la barba-
 « rie; ordenando en nombre de la naturaleza á los
 « reyes, á los guerreros, á los sacerdotes, á los ma-
 « gistrados respetar la sangre de los hombres; re-
 « prendiéndoles con una enérgica severidad la que
 « su política ó su indiferencia prodigaba en los
 « combates ó en los suplicios; tomando en fin para
 « hacer la guerra el grito de *razon, tolerancia, hu-*
 « *manidad*. Tal fué esta nueva filosofía, objeto del
 « odio comun de estas clases numerosas que no
 « existen sino por las preocupaciones. Estos gefes
 « tuvieron casi siempre el arte de escapar de la
 « venganza esponiéndose al odio, de ocultarse á la
 « persecucion mostrándose bastante por no per-
 « der nada de su gloria. » ¿Quién podria despues
 « de confesiones tan formales rehusar el creer lo que
 « hemos espuesto sobre los proyectos de la filosofía?
 « ¿Quién podria negar la existencia de esta liga for-
 « mada por ella contra las dos autoridades que go-

biernan el mundo? Hé aquí uno de sus mas declarados adeptos, uno de sus mas famosos escritores, que le atribuye altamente y como un título de gloria estas mismas miras que nosotros le hemos atribuido, y que tantos hechos establecen por otra parte de un modo irrefragable. Él mismo proclama estas dobles conspiraciones contra la religion y contra el gobierno, y pinta al natural en su lenguaje fanático los esfuerzos redoblados, los artificios perniciosos, las declamaciones violentas, las pérfidas contemporizaciones, que señalan en efecto la marcha unas veces disimulada, otras audaciosa de los escritores irreligiosos. Pero lo que no es menos notable en este pasage de Condorcet son las aproximaciones que nos ofrece con la época á que hemos llegado en estas Memorias. Este filósofo nos habla de *las maquinaciones hipócritas y de los furros sanguinarios de la supersticion*, y él ha vivido bastante para ver maquinaciones hipócritas y furros sanguinarios que no ha podido atribuir á la supersticion. Él alaba á sus maestros *elevándose con una infatigable energía contra todos los crímenes del fanatismo y de la tiranía*, y ha callado cuando un fanatismo y una tiranía desconocidos hasta entonces multiplicaban á su vista los mas negros crímenes. Pinta á los filósofos *ordenando á los reyes y á los sacerdotes que respeten la sangre de los hombres*, y él ha visto la sangre de los hombres correr por orden de los destructores de los reyes, de los asesinos de los sacerdotes. Celebra

este grito de guerra de sus antepasados: *Razon, tolerancia, humanidad*, y él ha visto en efecto elevar altares á la razon, decretar la tolerancia, proclamar la humanidad; pero la sin razon mas completa, la intolerancia mas ardiente, la inhumanidad mas odiosa reinaban en la Francia, producian toda suerte de locuras, de vejaciones y crueldades, y formaban la refutacion mas elocuente de estos mentirosos sistemas en que se queria sustituir la razon á la fe, y la humanidad filosófica á la caridad cristiana. Representese á Condorcet en sus últimos momentos reflexionando, si ha podido, sobre estos contrastes tan chocantes, comparando el gobierno que él llamaba *despótico, opresor y sanguinario*, con este régimen popular y republicano que le condenaba á andar errante y á perecer de hambre ó en el cadalso, poniendo de un lado en la balanza los abusos de la *supersticion y del fanatismo*, por hablar aquí su lenguaje, y en el otro este reinado de la impiedad, estos bárbaros decretos, estas ejecuciones sanguinarias, este espíritu de vértigo y de furor que acababan nuestro desgraciado suelo, y júzguese lo que él mismo ha debido pensar de sus propias declamaciones. ¡Ah! ¿quién desconoceria la mano de la providencia en el triste fin de este apostol de la impiedad? El que se habia burlado de los terrores de sus amigos agonizantes, el que habia contribuido á alejar de Voltaire y de Diderot los últimos socorros de la religion, el que se vanagloriaba de que sin él d'Alembert *hubiera*

